

# El tiempo en la palabra

Para empezar he de decirles a ustedes que no se lo que es la poesía. Tal vez una percepción plana del tiempo.

En ocasiones me inventaba una fábula: era un viejecito que quería recuperar un momento de su vida; y esto daba lugar a la escritura de un poema.

Algunas veces me han preguntado si uno de mis poemas, en el que hablo de un padre, es autobiográfico, estoy narrando algo que pudo haber ocurrido a pesar de la crudeza de los hechos:

## ORACIÓN EN COLUMBIA UNIVERSITY

A Dionisio Cañas

Bendito sea Dios, porque inventó el silencio,  
y el chirrido de la chicharra,  
y el lagarto de fastuoso traje verde,  
y la brasa hipnotizadora  
(horizontal crepúsculo pudo haberla llamado  
don Pedro Calderón de la Barca en el declive del Barroco).

Bendito sea Dios que inventó el agua,  
el agua sobre todo.

Bendito sea Dios porque inventó el amanecer  
y el balido que lo poblaba.

Ahora vuelvo a escuchar aquella melodía.  
El arroyo arpegiaba sobre cantos rodados,  
hacia el contrapunto.

Suena el concierto en mi memoria.  
O puede que se trate  
de una música diferente:  
la que escuchó, primero, entre los arrayanes de Granada

Federico García Lorca,  
y luego aquí, rescatada,  
en Columbia University.

Bendito sea Dios que inventó los prodigios  
que contaba mi padre  
perfumado de espliego y de tomillo.

Eran historias de ciudades mágicas  
en las que el agua circulaba  
por venas de metal, agua caliente y fría  
(nos lo contaba al borde del regato,  
helado en el invierno, seco en estío:  
«Venga, a lavarse, coño, guarros».  
Y obedecíamos).

Bendito sea Dios porque inventó la cabra  
—la cabra que rifaba por los pueblos—  
mucho antes que Pablo Picasso,  
con barriga de cesto de mimbre  
y tetas como guantes de bronce.

Maldito sea Dios porque inventó el estaño  
parpadeante del olivo,  
ramas y tronco de Laoconte,  
y aquella sombra trágica de catafalco y oro:  
un rayo congelado en la mano siniestra  
y en la diestra un crepúsculo.

Maldito sea Dios porque inventó a mi padre  
colgado de una rama del olivo  
poco después de recogerse la aceituna.  
No puedo perdonárselo.

Pero eso fue más tarde.

Antes fueron los niños.

Bendito sea Dios que inventó a aquellos niños,  
vestidos como príncipes o pájaros.

Con voces de cristal, «Papá», decían a su padre.

Bendito sea Dios por inventar una palabra  
milagrosa, jamás oída,  
y su padre correspondía  
con vaharadas de ternura.

Maldito sea Dios, porque yo quise  
arrezagarme en la ternura  
pronunciando la mágica palabra  
entonces descubierta. «¿Papá?» «Mariconadas,  
si te la vuelvo a oír te llevas una hostia».

Bendito sea Dios porque inventó los años,  
1970, 1980, 1990...,  
inventó el fuego, el oro viejo  
de los arces de otoño,  
y estos ríos profundos como penas,  
largos como el olvido o el recuerdo,  
hospitalarios, generosos,  
por los que la ciudad va navegando  
hasta la mar, que es el morir.

Bendito sea Dios que inventó libros sabios.  
Se daba nombre en ellos  
a lo que antes no lo tenía.

Bendito sea Dios porque inventó licenciaturas,  
masters, campus con risas y con marihuana,  
laboratorios y celebraciones  
con cantos en latín, *gaudeamos igitur*,  
todo situado en niveles distintos del tiempo.

Bendito sea Dios que inventó la memoria  
y que inventó el silencio de este lugar aséptico,  
y las venas metálicas ocultas  
en las que el agua espera  
unas manos liberadoras que les devuelvan su canción.

Ahora sé que mi padre está vengado.

Mi padre, descolgado del olivo  
pronuncia con mis labios las palabras totémicas,  
y se estremece este recinto sagrado.  
«Coño, joder, carajo, a lavarse la cara, hostias».  
Y abro los grifos, lavabos, duchas, retretes,  
se desbordan las aguas que él soñaba  
en la choza de adobe y paja,  
cantan la gloria de la recuperación,  
y mi padre navega por las aguas,  
le provoco, gritándole desconsolado.

«¡Papá!». «Mariconadas», me contesta.

«¡Papá!». Maricona...glu, glu,  
ahogado, recuperado,  
navegante por los canales de oro,  
vivo ya para siempre.

Evoco el momento como si no lo hubiese perdido.

Antonio Machado hablaba de *la palabra en el tiempo*, yo creo que la poesía puede ser *el tiempo en la palabra*. Todo es potencialmente poesía; hay unas palabras más oportunas que otras, pero no tienen un lugar exacto.

La poesía da impresión siempre de vida por eso a veces pienso en los poetas como maquilladores, embalsamadores de vida. Tal vez en este sentido se puede hablar de poesía de la experiencia.

De mi última obra publicada, *Cuaderno de Nueva York*, que tiene un título muy cercano al que publicó Lorca en 1929: *Poeta en Nueva York*, escojo otro poema:

ADAGIO PARA FRANZ SCHUBERT

(Quinteto en Do mayor)

A Paca Aguirre

I

Apenas vaho sobre el cristal  
con ademanes de ceniza, con estelas de niebla,  
señala el mayordomo el lugar reservado  
a cada uno de los comensales,  
y susurra sus nombres con sílabas de ráfaga.  
Franz —todos — bebe copas, copas, copas  
de un ojo ajado, de un resplandor marchito, una luz madurada en otras tierras  
diluidas en la memoria.

¿Dónde estarán los compañeros que no ve?  
Acaso fueron arrastrados por las aguas de Heráclito  
hasta donde el ocaso se remansa y languidece.  
Han cesado las risas. Las palabras son ascuas.  
Todo es en este instante  
desolación, herrumbre, acabamiento.  
Huele a manzanas y a membrillos  
demasiado maduros.  
A través del ojo de buey  
Franz contempla los días  
Que se aproximan navegando.

La ciudad que lo espera le saluda  
Con sus brazos alzados a las nubes,  
Enfundados en terciopelo gris.  
Paralizado, congelado, el tiempo  
Va adquiriendo la pátina de estar atardeciendo  
Otoñándose sobre el mar,  
Sobre la muerte, sobre el amor, sobre la música  
Que se libera, misteriosamente,  
De nadie sabe qué prisiones.

II

Esta música lleva mucha muerte dentro.  
El amor lleva dentro mucha música,  
mucho mar, mucha muerte.  
La muerte es un amor que habla con el silencio.  
El amor una melodía hija del mar y de la muerte:  
asciende, gira, enlaza el cuerpo, lo encadena  
hasta asfixiarlo despiadadamente.

III

La nave fantasmal —pero real— navega  
sobre el amor, sobre la muerte  
(también sobre el olvido),  
y glisa sobre el arpa de las olas,  
navega sobre el agua como el laúd sobre la música  
(y es que música y mar tienen el mismo origen).  
Este mar lleva dentro mucha música,  
mucho amor, mucha muerte.

Y también mucha vida.

IV

...Y también mucha vida.  
No sólo la que testimonia  
el hervor de los brazos blanquísimos de las olas  
al otro lado del cristal —solar, lunar— del camarote,  
sino la que agoniza en el lado de acá.  
*Abanicos de plumas y de oro empiezan a girar.*  
*Giran y giran cada vez más vertiginosamente*  
—acelerando, siempre acelerando—

absorbidos, cautivos, reclamados por bocas abisales,  
fraques azules, grises, rumor de besos y batir de alas,  
ojos ennoblecidos por las lágrimas,  
labios besados hondamente, que por eso  
*tienen más vida que quitar*,  
y el giro, el giro, el vértigo del vals,  
el del polaco tísico  
que escuchaba en la Valldemosa invernal  
golpear insistente sobre el suelo la gota de agua.  
El vals futuro, felicidad florida  
de la dinastía risueña de los vieneses  
resucitados cada 1 de enero en los televisores,  
supervivientes de un imperio feliz e injusto  
que ya no puede ser.  
Son absorbidos, chupados, esclavizados  
por lo hondo tenebroso. En el embudo  
caen y desaparecen gorjeos de las aves  
de los bosques de Viena, huéspedes de las ramas  
húmedas de los tilos y los abedules,  
aroma de grosellas y frambuesas,  
de fresas y de arándanos: todos aprisionados  
en las redes de escarcha del otoño.  
El implacable sumidero  
devora tules, sedas, lámparas de luz azulada,  
nubes que se suicidan arrojándose  
al hueco que termina  
en el corazón verde del mar,  
en la hoguera sombría y helada de la nada,  
en lo fatal, irreversiblemente mudo.  
Los invisibles compañeros  
contemplan aterrados y desamparados  
ese derrumbamiento que acaba en el silencio.

V

... El silencio que surca el ataúd de caoba.  
En el silencio Franz contempla, evoca ahora  
a sus desvanecidos compañeros.  
Con la clarividencia del moribundo  
oye su despedida, sus adioses

con voces de violines, de viola, de violonchelos.  
Sonaban a diamante y penumbra.  
La nave — ¿o ataúd? — en que Franz llega,  
irremediablemente solo, cabecea sobre las ondas,  
las azota su quilla con ritmo sosegado:  
—chasquido, pellizcado, pizzicatto sombrío —  
entre dos nadas, entre dos nuncas.

VI

...Entre dos nuncas. El recién llegado  
contempla el cielo encajonado  
entre dos muros, entre dos sombras, entre dos silencios,  
entre dos nadas.  
Sentado sobre su banco de cemento  
saca de su bolsillo unos trozos de pan,  
los desmiga. Da de comer a las palomas.

La poesía surge de una emoción que da lugar a muchas interpretaciones, pero la emoción es sólo una. Decía Carlos Bousoño: *hay que mentir para hacer más veraz el sentimiento*.

El soneto *Vida* es uno de mis poemas preferidos :

VIDA

A Paula Romero

Después de todo, todo ha sido nada,  
a pesar de que un día lo fue todo.  
Después de nada, o después de todo  
supe que todo no era más que nada.  
Grito «¡Todo!», y el eco dice «¡Nada!».  
Grito «¡Nada!», y el eco dice «¡Todo!».  
Ahora sé que la nada lo era todo,  
y todo era ceniza de la nada.

No queda nada de lo que fue nada.  
(Era ilusión lo que creía todo  
y que, en definitiva, era la nada.)  
Qué más da que la nada fuera nada  
si más nada será, después de todo,  
después de tanto todo para nada.

José HIERRO